

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



ALEGRO VIVACHE

Fernando Olavarría Gabler

45



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

ALEGRO
VIVACHE

Fernando Olavarría Gabler

ALEGRO VIVACHE

*H*abía una vez un reino con su rey y su reina. Su Majestad la Reina le había dado cinco herederas al trono a su querido esposo el Monarca, pero ningún hijo varón.

En su sexto parto, cuando nacía el bebé, la Reina en vez de dar gritos o llorar, lanzó una larga y sonora carcajada que alarmó a todos los testigos presentes. Se comentó que la Reina había actuado así en relación a la gran tensión nerviosa que la embargaba en esos momentos ante la incertidumbre de volver a tener una hija, o quizás la risa se debía a los consejos de los médicos de la Corte que la habían convencido de que no se preocupara más de esa idea del sexo del futuro bebé. El hecho es que la carcajada, fuera intencional o no, provocó exclamaciones de asombro en todos los reunidos en torno al lecho real.

Instantes después nacía un hermoso niño, y días después lo bautizaron con el nombre de Alegro Vivache, pero no crean ustedes que todo era fácil y sin obstáculo alguno en ese lejano reino, porque Alegro Vivache, según las leyes regentes, no tenía derecho a heredar el trono hasta que no se casaran sus cinco hermanas mayores, y no todas ellas eran hermosas, había una bastante fea.

Alegro Vivache creció rodeado del cariño de sus cinco hermanas princesas, del amor y orgullo de sus padres y de los honores brindados por toda la Corte, pero a pesar de tanto afecto, el niño tenía un raro carácter, porque cuando estaba triste, reía y

cuando estaba alegre su cara era muy seria. Esto provocaba desconcierto en las personas que lo rodeaban ya que nunca vieron a Alegre Vivache llorar. El llanto era desconocido para él, no así la risa y a veces reía en circunstancias muy inapropiadas; en los funerales por ejemplo. Todo el mundo conocía esta extraña cualidad del principito y pasaban por alto sus reacciones emocionales tan inadecuadas según las circunstancias y se pensaba que la risotada de la Reina en el momento del parto podría haber influido en el raro carácter del Príncipe.

El niño era caprichoso y todos le celebraban sus travesuras. Si hubiera sido un niño común y no un príncipe, habría recibido a menudo unas buenas palmadas.

Acostumbraba a presentarse cuando su padre estaba reunido con sus ministros solucionando problemas de Estado. Se metía debajo de la gran mesa de la Sala de Sesiones del Consejo e invitaba a uno de los ministros que lo acompañara a jugar a un juego que se llama “Ludo”. El ministro no podía negarse porque podría contrariar a Su Majestad el Rey, así que tenía que pasar toda la sesión del Consejo de Ministros arrodillado debajo de la mesa haciendo avanzar unas piezas según el número que resultaba al tirar los dados.

En una ocasión el niño se aventuró por las cocinas del palacio y llegando a los lavaplatos tomó varias tazas y las lanzó hacia arriba

ALEGRO VIVACHE

regocijándose al verlas quebrarse en el suelo. Esto le agradó tanto, que todos los días visitaba las cocinas palaciegas y jugaba con platos y tazas lanzándolas al aire, y aprendió a recibirlas sin que se quebraran en las baldosas; entonces, adquirió en forma progresiva las habilidades de un malabarista. Jugaba con cinco platos y cinco tazas haciéndolas girar en un gran arco entre sus ágiles manos. El príncipe no sabía que este malabarismo aprendido en las cocinas palaciegas, años después le iba a salvar la vida.

En otra ocasión, cuando el Rey estaba de cacería, el infante hizo soltar numerosos conejos traídos en jaulas que fueron ubicadas en varios puntos importantes de los lugares destinados a la caza.

Cuando sonaron los cuernos y partieron aullando los perros seguidos de los cazadores al galope de sus caballos, Alegro Vivache levantó las puertas de las jaulas de los conejos y éstos se dispersaron en todo el campo provocando un gran desconcierto, debido a la desordenada carrera de los mastines.

La cacería fracasó y fue muy difícil recuperar a los perros porque corrían enardecidos persiguiendo a los conejos que salían de todas partes.

El príncipe niño crecía sano y hermoso año tras año y no cesaba de idear travesuras que divertía a su pueblo.

Pasaron los años y Alegro Vivache se había convertido en un apuesto adolescente.

Las princesas de los reinos vecinos, interesadas por él, comentaban sus simpáticas bromas y jugarretas. No faltó una de ellas que ideó una artimaña para conseguir casarse con el Príncipe. Se presentó un buen día ante la Corte luciendo una abultada barriga y en alta voz imploró justicia ya que Alegro Vivache era el causante de su embarazo.

Alegro Vivache quedó sorprendido ante esta farsa y en voz baja pidió a sus padres que ordenaran desvestirse a la princesa, entonces la Reina ordenó a las damas de la Corte que lo hicieran privadamente. Al poco rato llegaron éstas con un grueso cojín que había servido para abultar el vientre de la princesa bromista. El Príncipe al darse cuenta de que la princesa era también aficionada a las bromas y travesuras, al igual que él, la encontró atractiva y se enamoró de ella. No faltaron bromas y sorpresas por ambos lados en estas relaciones amistosas que terminaron en un apasionado enamoramiento. Pasó el tiempo, cuatro hermanas de Alegro Vivache se casaron y el Rey ya bastante viejo y cansado decidió abdicar y dejar a su hijo varón como heredero del trono, pero una de las hijas aún no se había casado y para sorpresa de ustedes no era la más fea sino la más bonita.

Se cambió una ley en el Parlamento donde el Príncipe podía gobernar sin que fuera necesario ponerle la corona del Rey en su cabeza. Hasta esos días, el Príncipe llevaba una vida disipada sin

ALEGRO VIVACHE

responsabilidad alguna. La noticia de la abdicación y la nueva ley la recibió mientras tomaba sol en una playa solitaria donde, ociosamente, estaba levantando piedras y guijarros para averiguar si algún bicho habitaba debajo de ellas.

Hacía bastante calor, el Sol quemaba fuerte; calentaba la arena y las piedras en forma tan intensa que no se podía caminar a pie desnudo sobre la arena, sin embargo al levantar una pesada piedra, Alegro Vivache descubrió un extraño animal. Era un pequeño lagartijo transparente como si hubiera sido hecho de cristal. Se le podía ver con nitidez su corazón, su cerebro y todas sus vísceras abdominales dentro de su cuerpo. Fue tal la sorpresa y admiración al ver cómo latía su corazón que decidió cogerlo, e introduciéndolo dentro de una caja lo llevó a su habitación, como si fuera un talismán.

Y en realidad lo era.

Alegro Vivache había sido coronado como Príncipe Regente y se celebró este acontecimiento con fiestas palaciegas y populares que duraron varios días.

El nuevo Príncipe Monarca en todos estos festejos y ceremonias se le observó con una cara muy seria, más bien ceñuda, que provocó comentarios en el cuerpo diplomático.

Dentro de los ministros que integraban el Consejo había uno de ellos que era, desgraciadamente para el Reino, un gran ladrón.

Actuaba tan hábilmente, que había cometido numerosos delitos sin que nadie se diera cuenta de ello y al mismo tiempo simulaba gran veneración por el viejo monarca, al cual colmaba de adulaciones y otras demostraciones de falso cariño. Todo el mundo veía con inquietud este comportamiento y sus consecuencias, y esto era comentado en todo el Reino, pero el viejo Rey no creía en las severas críticas que le hacían a este mal ministro y en su decrepita vejez terminó por no aceptar las acotaciones adversas que le hacían al siniestro personaje.

Cuando Alegre Vivache tomó el poder, una de las primeras cosas que hizo fue eliminar a este ladrón ¿cómo lo hizo? Simultáneamente lo destituyó y además lo condenó a muerte.

En la fecha en que el mal ministro debía ser ejecutado, el Príncipe ordenó una fiesta nacional, cambió la pena de muerte por la de cadena perpetua y lo mandó secretamente a una prisión para el resto de su vida.

El pueblo se reunió nuevamente para bailar en las plazas. Ese día el Príncipe rió a más no poder. Sus risotadas se escuchaban en todas las salas del palacio. Unos pocos presumían que el Príncipe reía por la broma que le había hecho al mal ministro, la de condenarlo a muerte, y después haberlo perdonado, pero Alegre Vivache no estaba alegre. Su corazón lloraba de tristeza porque recordaba que ese ministro era el mismo que jugaba con él al Ludo

ALEGRO VIVACHE

cuando era niño, en la Gran Sala del Consejo. Obviamente que el pillo no jugaba arrodillado debajo de la mesa para agradar al niño sino para congraciarse con su padre, el Monarca y así adularlo y manejarlo con astucia.

Los súbditos del Reino no descansaron después de estos festejos porque la siguiente decisión que tomó el Príncipe en su gobierno fue pedirle la mano a la princesa de la cual estaba enamorado largo tiempo, y se casaron.

Las fiestas se reanudaron con gran entusiasmo y el Príncipe y la Princesa partieron en luna de miel a lejanas tierras.

Todas las noches Alegre Vivache sacaba de una lujosa caja un juego de ajedrez y jugaba hasta la madrugada con su compañera, la Princesa, ésta se hacía la dormida y apoyaba su cabeza sobre las piezas del tablero. La servidumbre, al observarlos, quedaba impresionada ante este extraño comportamiento, pero ambos novios reían y entre un juego y otro el Príncipe besaba apasionadamente a su joven esposa y eran realmente felices.

Pero tanta felicidad no podía durar mucho tiempo en este mundo. Al regreso de la luna de miel y de vuelta al palacio, al Príncipe le dieron la mala noticia que su talismán, el lagarto transparente como cristal, había desaparecido. Alguien, al hacer el aseo en las habitaciones reales había dejado abierta la tapa del cofre donde vivía la mascota y ésta había aprovechado dicha

circunstancia para escapar.

La noticia consternó al Monarca porque intuía que su apreciado talismán era la fuente desde donde emanaba la felicidad de su persona y de ésta dependería el éxito de su gobierno.

Después de ser buscado por todos los rincones del palacio real y también por los jardines que lo rodeaban, Alegre Vivache decidió él mismo buscar al lagartijo y al no encontrarlo, decidió delegar su poder al nuevo Primer Ministro y partió solo, disfrazado de peregrino, por los caminos del mundo en busca de su valioso tesoro.

La tristeza había llegado e invadido a todo el Reino, cual noche oscura sin luna ni estrellas. La ausencia del Príncipe Alegre Vivache, siempre pleno de felicidad y buen humor, había dejado a su pueblo sumido en una apatía tal que podría considerarse como una verdadera desgracia.

En cuanto al Príncipe, éste caminó, caminó, caminó por avenidas reales, por calles de grandes ciudades y senderos de pequeños pueblos desconocidos. Anduvo por hermosas colinas, por llanuras y bosques. Atravesó montañas y recorrió playas larguísimas casi interminables, pero no encontró a su talismán que daba la felicidad, a pesar de que levantaba cuanta piedra que encontraba a su paso.

Un día, al internarse en un extenso bosque, se encontró con un loro. El hermoso pajarraco estaba encaramado en la rama de un

ALEGRO VIVACHE

árbol, situado a la entrada de la umbrosa foresta.

-Buenos días -saludó el loro, acicalándose, con el pico, las plumas de una de sus alas .

-Buenos días -respondió el Príncipe. Dime lorito ¿has visto mi talismán?

-¿De qué talismán se trata? replicó el loro.

El Príncipe le explicó el motivo de su viaje y también las extrañas cualidades físicas y espirituales del lagartijo.

-¡Ja! ¡Ja!- rió el loro. No deja de ser simpático tu relato. Cuéntamelo de nuevo.

El Príncipe, impaciente, repitió su relato pero ahora resumido.

El loro lo miró maravillado. Se le dilataban y achicaban sus pupilas y las plumas de la cabeza se le habían erizado.

-¡Qué hermoso relato!, gritó el loro. Lo que más me ha gustado en este cuento es la frase que has dicho al principio: ¿Has visto mi talismán?

Bueno -preguntó el Príncipe, ya molesto ¿Qué me dices?

-Que ¿qué te digo? respondió el loro.

-Pues te diré:

¿Has visto mi talismán? Y empezó a reír y a gritar y a emitir chillidos estridentes de loro.

Después de varios chillidos repetía la misma frase ¿Has visto mi talismán? ¿Has visto mi talismán?, y volvía a reír y gritar.

-Loro estúpido- gritó el Príncipe ya muy enfadado ¿no sabes decir otra cosa?, y se retiró internándose en el bosque con bastante mal humor.

A medida que se internaba en el bosque oía a lo lejos las carcajadas del loro y entre chillido y chillido se le oía gritar ¿has visto mi talismán? Loro estúpido ¿has visto mi talismán? ¿No sabes decir otra cosa?

-Probablemente le han gustado las frases y las repite sin saber su significado -pensó el Príncipe- y este pensamiento lo hizo sonreír al imaginarse cómo el loro gritaba todo esto sin saber lo que decía ni pensaba lo que gritaba.

Continuó su andar hasta que los gritos y las carcajadas se dejaron de oír. Llegó a un claro donde se sentó a descansar y luego se tendió boca arriba sobre el blando musgo. El silencio era casi absoluto. De vez en cuando escuchaba el corto vuelo de una avecilla entre las ramas. Lo demás, silencio. Un silencio reparador y placentero.

De pronto oyó unos suaves y mullidos pasos que se acercaban. Se incorporó sobresaltado y delante de él entró en escena un gato negro. Avanzó hacia el centro del claro del bosque y después de mirar al Príncipe con sus penetrantes ojos amarillos comenzó a lamerse su reluciente pelaje.

Alegro Vivache, sin razonar que los gatos no hablan como los

loros, le preguntó si había visto a su apreciado lagartijo. Y con asombro del Príncipe, el gato le respondió con armoniosas palabras.

-¿Tu lagartijo transparente? ¿Se come? Ah, sí. No es de buen sabor, es bastante desabrido. Sí, sí, lo he visto. Los ladrones entraron a tu aposento y se lo llevaron. Lo tienen en su cueva, en esa montaña que colinda con el bosque. Entra a la cueva y lo hallarás. No me cabe la menor duda que cuando ellos sepan que te pertenece, lo devolverán. Sí, te lo entregarán de inmediato.

Diciendo esto el micifuz dejó de lamerse y caminando lentamente con la cola en alto desapareció en la espesura.

Era un gato meloso, hipócrita y atractivo, como todos los gatos de ese bosque.

Al Príncipe le volvió la felicidad, ya ausente por largo tiempo y se dirigió hacia la montaña que divisaba desde lejos, a través de las ramas y por encima de los árboles del bosque.

Caminó todo el día, y al atardecer, en los faldeos rocosos de la montaña, se encontró con una inmensa cueva y se internó en ella. Al final de ésta divisó unas luces que eran de unas antorchas que iluminaban una gran sala. Allí, rodeados del producto de su rapiña, estaban comiendo, bebiendo y contando dinero quince ladrones.

Al percatarse de la llegada del Príncipe disfrazado de peregrino, continuaron su quehacer repartiendo sus tesoros sin prestarle atención. Simulaban todo esto porque ya habían decidido

matarlo. El que conocía su escondite no podía seguir viviendo. Alegro Vivache, al recibir la siniestra mirada de los malhechores se dio cuenta de inmediato de sus propósitos y saltando sobre las cajas y demás tesoros agarró tres antorchas y empezó con la destreza de un malabarista a lanzar las antorchas al aire y a recibirlas con gran maestría, y ya no fueron tres antorchas sino cinco, más algunos copones de oro que le lanzaron los bandoleros para que continuara el juego.

La escena era magnífica y los rufianes reían y gozaban de lo que estaban viendo.

Alegro Vivache hacía danzar con maravillosa habilidad las luces y el oro que giraban sobre su cabeza, y este artilugio duró un buen rato. Entonces cesó el juego y el Príncipe se dio a conocer y les dijo a los bandidos que no lo mataran porque siendo príncipe de un tal reino el botín obtenido por su rescate sería mucho más provechoso que su muerte.

Este argumento convenció a los bandidos que le perdonaron la vida y mientras uno de ellos viajaba con una misiva donde se exigía el valor del secuestro, el Príncipe entretenía a los bandidos con el juego de las antorchas, coronas y copones de oro; cada noche cuando éstos llegaban de sus correrías.

Una noche, mientras todos dormían borrachos y su guardián dormitaba, Alegro Vivache se escabulló sigilosamente y se escapó



de la cueva. Ya afuera en el bosque, huyó desesperado hacia cualquier lugar. Sin dirección alguna, se alejó lo más posible de la siniestra cueva de los ladrones, y entre carreras, tropiezos y caídas llegó a un inmenso pantano. Siguió adelante lo que más pudo por el pegajoso y temible paraje hasta que se hundió lentamente al no poder ya avanzar. Sus fuerzas se habían agotado y antes de sumergirse completamente en la ciénaga tocó un grueso tronco y se aferró a él con las últimas fuerzas que disponía. El tronco se movió lentamente como si lo hubiesen despertado de un sueño y el Príncipe, al darse cuenta de que lo levantaban, se aferró más al tronco, hasta que para sorpresa de él, quedó flotando sobre la superficie del agua. Estaba agarrado, no a un tronco sino a la cola de un gran cocodrilo. Curiosamente, el feroz animal no estaba molesto por haberlo despertado de su siesta y haberse afirmado de su cola porque no atacó a su acompañante sino que más aún, abriendo su hocico emitió un gutural ruido y le insinuó que se subiera a su lomo para así nadar juntos, pero el cocodrilo no nadó hacia la orilla de la ciénaga sino hacia el centro del pantano donde había una tenebrosa y solitaria isla.

Una niebla se deslizaba sobre la superficie del agua y cubría en parte a unos troncos inclinados, semipodridos, cubiertos de líquenes y otro tipo de verdosas y grises algas.

El cocodrilo llegó hasta este cúmulo de troncos y pestilente

ALEGRO VIVACHE

vegetación e invitó a Vivache que lo siguiera. El Príncipe comprendió que la actitud del animal era amistosa y siguió el rastro del reptil dejado en el fango por entre las ramas caídas y el follaje que ahora era cada vez más espeso.

Después de un buen rato llegaron frente a un palacete hecho de troncos y plantas exóticas. En el centro de éste había un majestuoso trono y sobre él reposaba una mujer cocodrilo, con manos y pies humanos y cabeza y cola de cocodrilo. Era la Reina de los Cocodrilos.

Sus ojos amarillentos de reptil miraban con frialdad a su visitante y lo estudiaban en silencio. El Príncipe permanecía mudo y espantado delante de este siniestro personaje ya que se había dado cuenta de que la Reina estaba rodeada de incontables cocodrilos de todo tamaño que reposaban entre los troncos del palacete, en parte sumergidos entre el fango y la vegetación que goteaba agua.

Después de una larga pausa, la Reina abrió su hocico con afilados y numerosos dientes y habló:

-Me complace tu presencia porque he sabido que has cuidado con ternura a mi pequeño pariente, el lagartijo transparente, fuente de felicidad. Has sido bondadoso con él. Es mi primo. Te ayudaré. Vuelve a tu reino. No busques más debajo de las piedras; al final de tu trayecto encontrarás la solución en un zapato de tu esposa, que ha sido olvidado debajo de su lecho.

El Príncipe agradeció emocionado este recibimiento y la Reina ordenó que uno de los cocodrilos lo llevara de vuelta hacia las orillas del pantano, agarrado de la cola, por supuesto.

Alegro Vivache salió del bosque, se dirigió hacia el mar y cada piedra que encontraba en su largo caminar ya no la levantaba, porque el motivo de su peregrinación no estaba allí.

Llegó a su reino cansado y andrajoso donde fue recibido con gran alegría de todos, sin importarles el fracaso de su búsqueda.

La Princesa era la más feliz y no dejaba de abrazarlo y besarlo a pesar de lo sucio que estaba, todo cubierto de andrajos.

Una vez en los aposentos privados, Alegro Vivache recibió un largo y reconfortante baño, rico en sales aromáticas.

Después de vestirse con ropas dignas y apropiadas a su rango, el Príncipe se acordó de las palabras de la Reina de los Cocodrilos y atisbando debajo de la cama de la Princesa encontró un zapato de ella, abandonado detrás de la pata izquierda del gran lecho y al levantar el polvoriento zapato, allí estaba, el lagartijo transparente, fuente de la felicidad.

Alegro Vivache no podía estar más feliz. Tomó al lagartijo y éste brillaba entre sus manos iluminando también el rostro del Príncipe y todo a su alrededor.

El talismán había sido encontrado y la felicidad había regresado al reino.

ALEGRO VIVACHE

Alegro Vivache y su amante esposa vivieron muchos años rodeados de hijos y nietos. El amor y la felicidad que expresaban se difundía en todo su reino y eran bondadosos y amables con cuanta persona estuviera delante de ellos.

En las tardes de ocio, cuando las lluvias de invierno golpeaban los vitrales del palacio o cuando las tibias y perfumadas brisas de la primavera entraban por los ventanales abiertos, el Rey y la Reina jugaban ajedrez. La Reina, después de dos partidas se quedaba dormida y el monarca la besaba en la frente.

Eso es lo que podríamos llamar felicidad, y ésta ¿de adónde venía?

¿Venía del talismán, del lagartijo transparente?

Yo creo que no. Venía de más arriba. De mucho, mucho más arriba.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.